

CAPÍTULO VIII

LA CRUZADA EDUCATIVA DE JOSE VASCONCELOS

I. LA CAMPAÑA CONTRA EL ANALFABETISMO

Al mismo tiempo que Vasconcelos llevaba adelante la campaña política para crear la Secretaría de Educación Pública, emprendió otra actividad importante: la cruzada contra el analfabetismo, iniciada en junio 20 de 1920, apoyada con gran entusiasmo por maestros, pero sobre todo por maestras (*El Universal*, julio 23 de 1920) y continuada hasta su salida de la Secretaría en 1924.

Vasconcelos lanzó un llamamiento apremiante a favor de la lucha contra el analfabetismo.

Los países en vísperas de guerra llaman al servicio público a todos los habitantes. La campaña que nos proponemos emprender es más importante que muchas guerras... El país necesita que lo eduquen para poder salvarse (*BU*, 1920, Epoca IV, 1 (No. 2), p. 99).

La circular No. 1 señalaba las condiciones de la cruzada: crear un cuerpo de profesores honorarios de educación elemental, formado por personas de ambos sexos que hubieran cursado como mínimo el tercer año de la primaria. La Universidad abriría un registro en el cual se inscribirían todos los habitantes del país que reunieran las condiciones establecidas en el párrafo anterior, y que desearan dedicarse a la enseñanza de la lectura y escritura, de modo voluntario y gratuito. Al hacerse la inscripción respectiva, la Universidad otorgaría un diploma en favor del inscrito que lo acreditaría como profesor numerario de educación elemental. Serían obligaciones de éste dar por lo menos una clase semanal de lectura y escritura a dos o más personas, ya en su propio domicilio ya en cualquier otro local donde fuere posible. De preferencia, esas clases se darían los domingos y días festivos por la mañana. Los profesores honorarios comenzarían sus clases hablando sobre el aseo y dando consejos elementales sobre la higiene, la respiración, el alimento, el vestido, el ejercicio, etcétera. Poco después, Vasconcelos dirigía la misma llamada a las mujeres, en especial a las seño-

ras y señoritas de toda la República que no tenían trabajo fuera de sus hogares, y las invitaba a que, dentro o fuera de ellos, dedicaran algunas horas a la enseñanza de niños, hombres y mujeres.

Los profesores honorarios llevarían a sus alumnos, una vez que lo estimaran conveniente, ante los profesores e inspectores oficiales, a fin de que los examinaran y, en su caso, les expidieran certificado de saber leer y escribir. El profesor honorario que hubiera presentado a examen con éxito a más de 100 alumnos, recibiría de la Universidad Nacional de México un diploma que certificara este hecho. Además, dicha institución daría preferencia, para los empleos en todas sus dependencias, a las personas que, en igualdad de circunstancias con otros solicitantes, presentaran el diploma que acreditase que habían enseñado a leer y escribir a más de 100 alumnos. Asimismo, la Universidad procuraría que, en las demás dependencias del gobierno federal y los estados, se diera preferencia a la solicitud de empleo en favor de las personas que hubieran presentado este certificado.

En esos días, Julián Carrillo, (1875-1965) director de la Facultad de Música, que viajaba por el interior del país, averiguó hasta qué grado los estados habían apreciado la importancia de la campaña contra el analfabetismo, y notó con pena que la mayoría de los ciudadanos no había tomado en cuenta un asunto de tamaña trascendencia.

En consecuencia, Carrillo proponía a Vasconcelos: primero, dirigir una serie de oficios a todos los periódicos de la República, con la invitación para hacer propaganda en favor de la campaña; segundo, comisionar a un ciudadano en cada una de las manzanas de las ciudades, villas, aldeas y pueblos, a fungir de director de manzana, y así poder seleccionar a los profesores honorarios; tercero, recomendar que los jefes de manzana fueran los ciudadanos más caracterizados y que el gobernador mismo lo fuera de su respectiva manzana; cuarto, extender nombramientos universitarios a todos los directores o jefes de manzana y quinto, autorizar que en cada manzana, cuando ya no hubiere más analfabetos, el jefe de la misma levantara una bandera blanca (*BU*, 1920, *Epoca IV*, 1 (No. 2), p. 60)

Vasconcelos autorizó inmediatamente la realización del plan, y se proponía, al mismo tiempo, fomentar el sentimiento nacionalista. Para este fin, Julián Carrillo convocó, con la aprobación de Vasconcelos, a un concurso de producción de libretos de ópera "sobre temas mexicanos inspirados en la historia antigua, la leyenda, la mitología o las costumbres nacionales". Por otra parte, Vasconcelos aprovechó la coyuntura de la celebración del centésimo décimo aniversario de la consumación de la Independencia para alentar el espíritu nacionalista y organizó un acto de jura de la bandera, el primero que se celebraba desde 1910, con 15 000 niños que entonaron, en septiembre 14 de 1920, el Himno Nacional acompañados por tres bandas de 600 ejecutantes y dirigidos por Julián Carrillo. El texto del juramento es particularmente significativo:

¡Bandera! ¡Bandera tricolor! ¡Bandera de México! Te ofrecemos con toda el alma procurar la unión y concordia entre nuestros hermanos los mexicanos, luchar hasta destruir el analfabetismo y estar siempre unidos en torno tuyo, como símbolo que eres de la patria, para que México obtenga perpetuamente la libertad y la victoria (*BU*, 1920, Epoca IV, 1 (No. 1), p. 82; 1 (No. 2), p. 97).

Dos preocupaciones fundamentales de Vasconcelos saltan a la vista en este juramento: la búsqueda de unidad, antecedente necesario de la identidad nacional, y la promesa de luchar sin descanso contra el analfabetismo. Para lograr estos objetivos recurrió a la fundación de un Instituto Etnográfico Indígena que, según el acuerdo de la Universidad, tendría por objeto fomentar las artes indígenas, para que sus autores quisieran servir con éstas a las industrias nacionales, de manera propia (*El Universal*, octubre 2 de 1920).

En noviembre 11 de 1920 Vasconcelos publicó la circular No. 5 (*BU*, 1920, Epoca IV, 1 (No. 3), pp. 23-25), la cual refería que, en los cuatro meses de establecido el cuerpo de profesores honorarios, se habían inscrito más de 1 500 profesores y 10 000 estudiantes. Insistía en que era necesario esforzarse todavía más, para meditar en el espectáculo de México “reducido a la pobreza y a la ignorancia y teniendo que vivir en competencia diaria con países ricos e ilustrados” (*El Universal*, noviembre 12 de 1920). Al siguiente año, *El Universal* (abril, 14 de 1921) reportaba que, en vista de las alarmantes condiciones de la instrucción en el país, y ante el espectáculo de que el número de analfabetos crecía en vez de disminuir, se decidió a dar un vigoroso impulso a la campaña contra la ignorancia. Se instalaron escuelas rudimentarias en la capital y en las municipalidades y, en vista de la escasez de edificios, se contrató la construcción de 500 tiendas de campaña, que se colocarían en todas las plazas, jardines y barrios populosos. En dichas tiendas se establecerían las escuelas con muebles adecuados y sólidos, se instalaría alumbrado y se daría entrada a todo el que quisiera aprender a leer y escribir. Habría tres cursos: uno en la mañana, otro en la tarde y el último en la noche. La duración de cada periodo sería de tres meses, al cabo del cual se extendería un diploma al alumno que hubiera concurrido con puntualidad y aprovechado en sus estudios.

Vasconcelos describía en su vívido estilo la cruzada de alfabetización:

El departamento de desanalfabetización, auxiliado por el cuerpo innumerable de los maestros honorarios, extendió sus actividades por todo el país. Eulalia Guzmán, su directora entusiasta y competente, había creado brigadas. Se trataba de un servicio de emergencia patriótica —les habíamos dicho— y había que proceder como en vísperas de guerra o frente a una calamidad como la peste. Peste es la ignorancia que enferma el alma de las masas. La mejor acción de patriotismo consiste en que enseñe a leer, todo el que sabe, y se dieron

clases privadas en que las amas de casa reunían a los criados propios y a los vecinos para enseñarles a leer (Vasconcelos, 1957, *ED*, pp. 1326-1327).

Al crearse la SEP, la campaña alfabetizadora pasó a ser una división auxiliar de aquélla, primero bajo la dirección de Abraham Arellano, y después, de Eulalia Guzmán. Vasconcelos no se contentó con los maestros honorarios adultos y ordenó poco después formar un ejército infantil. Esta unidad de la cruzada, iniciada en febrero de 1922 por Abraham Arellano, estaba formada por niños, alumnos del cuarto, quinto y sexto grados de escuelas públicas y privadas. Los niños que enseñaban a cinco analbafetos a leer y a escribir recibían un diploma que los reconocía como buenos mexicanos, obtenían preferencia en labores dependientes de la Secretaría de Educación y, si solicitaban admisión en la secundaria o en escuelas profesionales dependientes de la Secretaría, tenían preferencia por sus servicios de alfabetización. Los maestros que pudiesen presentar a 20 de sus estudiantes como miembros aprovechados del ejército infantil recibirían también el diploma arriba mencionado y reconocimiento de sus logros en el registro personal (*BSEP*, 1922, 1 (No. 1) (mayo), pp. 83-85).

Además del ejército de los maestros honorarios, la oficina de alfabetización estableció centros y escuelas con maestros a sueldo. Dos tipos de instituciones existían en el Distrito Federal con personal a sueldo: centros culturales diurnos y nocturnos. Estos últimos estaban situados en las secciones pobres de la capital, pobladas principalmente por obreros. Los centros ofrecían dos tipos de instrucción: el primero, consistente en lectura básica, escritura y aritmética para los analbafetos, y el segundo, para estudiantes provistos ya de ciertos conocimientos rudimentarios que podrían aventajar en el dominio de estas actividades (*BSEP*, 1923, 2 (Nos. 5 y 6) (segundo semestre de 1923 y primer semestre de 1924), pp. 629-630).

A semejanza de los centros nocturnos de alfabetización del Distrito Federal, se establecieron otros en los estados. En estos últimos, los maestros de las escuelas rurales de la Secretaría impartían la instrucción y empleaban una hora cada día en enseñar a los adultos iletrados y a los niños. En mayo 23 de 1923, había 99 de estos centros con 4 804 estudiantes (*BSEP*, 1923, 1 (No. 4) (septiembre), p. 459). En cambio, los centros nocturnos habían alfabetizado a 8 617 individuos.

Eulalia Guzmán, quien sucedió a Arellano en la dirección, comenta que la campaña literaria dejaba mucho que desear en este aspecto (*BSEP*, 1923, 2 (Nos. 5 y 6) (segundo semestre de 1923-primer semestre de 1924), p.633). En primer lugar, por la tenaz resistencia de los iletrados para asistir a la escuela; de otra parte, por el crecido interés de los maestros en las ganancias materiales más que en el desempeño de su tarea, la cual incluía dar a conocer los beneficios del alfabetismo entre los iletrados. Los centros nocturnos de alfabetización disminuyeron de 65, en diciembre de 1923, a 43 en febrero de 1924. Las causas pudieron haber sido las señaladas ante-

riormente o simplemente reducción del presupuesto por la rebelión de De la Huerta contra el régimen de Obregón.

Vasconcelos trató de compensar, con los centros diurnos de cultura, la carencia de un sistema de salud pública y de asistencia social en las áreas más populosas y pobres de la Ciudad de México. Estos eran no sólo un lugar destinado a impartir conocimientos sino un medio para promover el bienestar socioeconómico y también la salud de la comunidad y de los niños (*BSEP*, 1923, 2 (Nos. 5 y 6) (segundo semestre de 1923-primer semestre de 1924), pp. 629-630 y 686).

La instrucción en artes manuales y agricultura proveía a los estudiantes de medios para ganarse la vida. Característica de estos centros fue el estudio de la comunidad. El aula dominada por el maestro quedó reemplazada por cooperativas de los estudiantes, que se comprometían a sí mismos a dirigir el grupo, vender los productos de la escuela y, también, realizar proyectos de servicios a la comunidad. A los maestros se les concedía libertad para planear las actividades escolares, en armonía con el principio de que cada centro diurno debería funcionar de acuerdo a las necesidades y características de la comunidad (*Excelsior*, febrero 11 de 1924; *BSEP*, 1923, 1 (No. 4) (septiembre), pp. 454-466).

Uno de los centros de esta campaña fue la Escuela de la Casa del Obrero de la Colonia de la Bolsa, una de las más miserables del México de aquella época. *El Universal* (marzo 1º de 1921) reportaba la pestilencia de la zona debido a las pésimas condiciones higiénicas y a la suciedad que todo lo invadía y obligaba a los transeúntes a apretarse las narices. Los niños de la colonia eran tan incivilizados que apedreaban a los visitantes. La región era temida por ser guarida de asesinos profesionales (*Excelsior*, febrero 7 y 13 de 1923). La Casa del Obrero fue uno de los primeros centros en responder al llamado de la Universidad Nacional de México para combatir el analfabetismo. Consiguió aquélla que se inscribieran en una semana 400 alumnos a los que dotó de todos los útiles necesarios para sus tareas (*El Universal*, marzo 1º de 1921). El éxito de la escuela de la Colonia de la Bolsa, llamada más tarde escuela Francisco I. Madero, se debió fundamentalmente al entusiasmo de un generoso maestro, Arturo Oropeza, y 10 estudiantes surcalifornianos quienes, en busca de una manera adecuada de celebrar el primer centenario de la consumación de la Independencia, decidieron fundar en esa barriada un centro de alfabetización y preparar a un grupo de personas humildes para que pudieran leer, por vez primera, "ante el altar de la patria como ofrenda de cooperación y amor" (Fuentes Díaz y Morales, 1969, p. 352).

Oropeza y sus colaboradores lograron pronto ser maestros honorarios de la campaña contra el analfabetismo, y se les proporcionaron a ellos útiles y libros y, además, se les instaló luz eléctrica para que pudieran proseguir sus labores durante la noche (*El Demócrata*, agosto 20 de 1921).

La escuela de la Colonia de la Bolsa, iniciada casi como un juego, logró

identificarse de tal modo con la comunidad que se convirtió, además, en centro de vacunación y profilaxis, y ahí mismo se instaló un departamento de salud (*El Demócrata*, agosto 20 de 1921). Los sábados y domingos se proyectaban películas cómicas y serias. La escuela prestaba libros, incluida la revista pedagógica *El Maestro*, a los residentes del área y dejaba abierto el salón de lectura hasta las 22 horas (*Excélsior*, febrero 13 de 1922). Poco después del inicio de actividades de la escuela la SEP convocó a los padres de los estudiantes y les informó que no se podía educar a sus hijos mientras vivieran en tal estado de suciedad. Se les dijo también que deberían limpiar su colonia, pues el ayuntamiento carecía de medios para hacerlo. La SEP invitó a los residentes a formar cuadrillas que barrieran las calles del área los sábados por la tarde. Se obtuvo una entusiasta respuesta de parte de los adultos y los niños, quienes en esa forma libraron de la basura a la Colonia de la Bolsa (*BSEP*, 1922, 1 (No. 1) (mayo), p. 102; *Excélsior*, septiembre, 3 de 1922).

La escuela Francisco I. Madero tenía en 1923 una matrícula de 300 niños en las clases diurnas y más de 900 obreros en las nocturnas. Su éxito debe juzgarse no sólo por su matrícula sino por la transformación que efectuó en la Colonia de la Bolsa, una de las más sucias y donde proliferaban los vicios. La escuela se convirtió en el centro cultural y educativo para niños y adultos de la vecindad (*Excélsior*, febrero 7 de 1923). El impacto benéfico del centro se debía no sólo a la ayuda material y pecuniaria de la Secretaría de Educación sino sobre todo al apoyo entusiasta de José Vasconcelos, Roberto Medellín y Elena Torres. Los dos últimos visitaban la escuela en forma regular. Arturo Oropeza, el director, poseía habilidad admirable para comprender las necesidades de la comunidad y motivarla hacia su propio progreso. La dedicación de los maestros, unos 12 en 1922, se manifestaba en el hecho de vivir en cuartos improvisados del edificio de la escuela y estar al servicio de ella día y noche. La SEP dio al director y a los maestros plena libertad para planear las actividades del centro. Ciertamente, las comidas servidas a los niños y el trato amable que éstos recibían de los maestros eran incentivos para la buena conducta. Vasconcelos y sus colaboradores, al emplear en la Escuela Francisco I. Madero el principio de mejorar la suerte educativa, económica y moral de los niños y de los adultos de la comunidad, fueron los iniciadores en México de la educación fundamental.

Vasconcelos consideró que el papel de la SEP en la campaña de alfabetización era de catalizador: pagar a los maestros de los centros culturales diurnos y nocturnos, hacer propaganda de la campaña en diarios, circulares y películas, y proporcionar a las escuelas, maestros y niños los útiles escolares necesarios: gises, pizarrones, plumas, etcétera.

En 1924 (*Excélsior*, febrero 11 de 1924) se hablaba aún de que se habían creado ocho centros de educación y cultura social en las barriadas más populosas y necesitadas de la capital. Se alentaría la formación de

grupos de deportistas, de cooperativas, cría de animales, pequeñas industrias y aun "exploradores".

A pesar de la escasa cosecha que levantó la cruzada de alfabetización — apenas hizo mella en el inmenso número de analfabetos —, la campaña cobró una resonancia especial, primero, por ser un ingenioso invento para combatir la ignorancia; segundo, por suscitar un cambio de actitud en muchos de los ciudadanos, al interesarlos en los que no sabían nada, actitud contraria al espíritu individualista, distintivo del porfiriato y, tercero, por adoptar la solución gratuita de combatir la ignorancia por medio de los maestros honorarios.

Los defectos de la cruzada alfabetizadora nacieron de su misma condición de ensayo y error, como lo reportaba Eulalia Guzmán a fines de 1923 (*BSEP*, 2 (Nos. 5 y 6) (segundo semestre de 1923 y primer semestre de 1924), p. 633). Por otra parte, no existía experiencia previa alguna para combatir la ignorancia a escala nacional. Las deficiencias de la campaña nacían de que el tiempo de servicio de los maestros honorarios era a menudo breve. Eulalia Guzmán informó en su reporte de mayo 23 de 1923 que de 6 341 maestros honorarios registrados en lista, sólo 1 000 trabajaban de hecho en la cruzada contra el analfabetismo. Reportó un número más bajo todavía, en octubre 31 del mismo año, al indicar que, sólo 501 de 5 518 se dedicaban a alfabetizar. La brevedad del trabajo de los profesores honorarios se explica por los obstáculos con que tropezaban: algunos analfabetos no se percataban de los beneficios prácticos de aprender a leer y escribir, y se resistían a hacerlo debido a la apatía o la preferencia por hacer otra cosa, en vez de adquirir habilidades tan indispensables. Los defectos principales de la campaña alfabetizadora provenían de la poca atención a la pedagogía y de la persuasión de Vasconcelos, quien opinaba que un conocimiento rudimentario y el deseo de enseñar bastaban para convertir a cualquiera en maestro. Desgraciadamente, no se entrenó a los maestros, y tal vez este descuido influyó en el poco éxito de la campaña.

Para volver a encender el entusiasmo por la campaña, se efectuó, a fines de 1923, una gran manifestación "pro alfabeto" compuesta por los siguientes grupos: profesores honorarios, niños de las escuelas primarias que formaban parte del ejército infantil; estudiantes de escuelas secundarias y universitarias; profesores honorarios; gremios de obreros que cooperaban con la dirección de la campaña contra el analfabetismo; asociaciones femeniles que la apoyaban; alumnos en trance de alfabetizarse en los centros de la campaña; y profesoras que servían en la campaña (*El Heraldo de México*, septiembre 22 de 1923; *BSEP*, 1923, 2 (Nos. 5 y 6) (segundo semestre de 1923 y primer semestre de 1924), pp. 644-645).

En ese entonces, sobrevino por desgracia un corte en el presupuesto de la SEP. Se le asignaron 35 millones de pesos y Vasconcelos se quejaba de que no alcanzaban para los gastos. La campaña recibió un golpe mortal.

Las cifras existentes sobre la campaña de alfabetismo son: 1 726 profe-

sores honorarios en 1920; 928 en 1921; 1 913 en 1922; y 522 en 1924.

Por otro lado, Eulalia Guzmán proporciona cifras globales: alfabetizados por profesores honorarios, 14 156; por grupos estudiantiles, 4 755; por ejército infantil, 5 445; y, si se añaden 8 362 de los centros de alfabetización, se tendría un total de 32 718.

En 1924, el ejército infantil de 1 199 niños maestros alfabetizó a 2 179; los maestros honorarios a 5 180; y el total (no se sabe de dónde sale) fue [sic] de 15 937 alfabetizados (*BSEP*, 1924, 3 (No. 7) (segundo semestre de 1924), p. 89).

Todavía ese año (*Excelsior*, enero 23 de 1924) se anunciaba que iba a intensificarse la campaña de alfabetización con la creación de siete centros de educación y culturales en barriadas pobres.

2. DESAYUNOS ESCOLARES

Roberto Medellín, director entonces de educación técnica en el Distrito Federal, informó en abril de 1921 a Vasconcelos que, al visitar las escuelas, había observado a numerosos estudiantes con síntomas de extrema debilidad por desnutrición, al grado de desmayarse por asistir a clase sin haber comido. Medellín notaba que muchos niños de familias pobres, deseados de educarse para mejorar su posición económica, comían, de ordinario, sólo una vez al día. Era imposible, por tanto, que pudiesen prestar debida atención a los cursos ni aprovechar la enseñanza en ninguna forma.

Vasconcelos que, a fuer de auténtico revolucionario, se preocupaba por el bienestar de las masas, se conmovió profundamente por la suerte de estos niños y empezó a pensar la forma de socorrerlos. Para lograrlo, convocó (abril 15 de 1921) al personal de la Universidad y a los maestros de las escuelas públicas bajo su jurisdicción. Vasconcelos se propuso imitar el ejemplo del licenciado Ezequiel A. Chávez, quien, durante el régimen maderista, lanzó la idea de servir desayunos escolares (Hernández Luna, 1981, pp. 99-103; *BSEP*, 1922, 1 (No. 1) (mayo) p. 111; 1923, 2 (Nos. 5 y 6) (segundo semestre de 1923 y primer semestre de 1924), p. 136). Mas como el gobierno debía subvenir a un sinnúmero de necesidades urgentes, el rector juzgó que la iniciativa privada era la indicada para resolver el problema. Y a fin de que el departamento educativo de la nación precediera con el ejemplo, invitó a todo el personal a donar un porcentaje adecuado de su sueldo para este programa.

La respuesta del personal fue en extremo generosa, y se procedió en seguida a hacer los descuentos convenidos (*El Movimiento...* 1922, pp. 379-383).

El rector sugirió al personal de la Universidad elegir una comisión para proyectar y administrar la distribución de los desayunos escolares. Roberto Medellín, como presidente, y Elena Torres y Joaquín Balcárcel, como

miembros de la comisión de desayunos escolares, resultaron elegidos. Los desayunos consistían de 300 gramos de café con leche y 80 gramos de pan. El programa se inauguró en la Escuela Miguel Lerdo de Tejada, en mayo 9, con 50 alumnos pobres del establecimiento. En el curso del mes se distribuyeron desayunos en otras instituciones y éstos llegaron a ser 10 000, con un costo total de \$1 701.48.

Vasconcelos había presentado su proyecto con la secreta esperanza de que, una vez iniciado el servicio con ayuda particular, las Cámaras se verían obligadas a continuarlo con un presupuesto adecuado. No se equivocó, y la asignación de fondos federales permitió una notable expansión del programa que llegó a distribuir 20 000 desayunos en 1922. Las instituciones favorecidas eran varias decenas de la capital y alrededores (*BSEP*, 1922, 1 (No. 1) (mayo), p. 114; 1923, 1 (No. 3) (enero), p. 497).

La distribución de los desayunos escolares reveló a Vasconcelos y a sus colaboradores el extremo de pobreza de muchos niños. Algunas familias residentes en Ixtapalapa e Ixtacalco subsistían con raíces de cebolla, zanahorias descompuestas y desperdicios por el estilo (*Excelsior*, enero 18 de 1922).

Prácticas reprobables empezaron a manifestarse entre los favorecidos con los desayunos escolares. Algunos de los chicos robaban a sus compañeros las raciones; otros derramaban la leche y el café en las mesas y se metían en la boca enormes trozos de pan. Los miembros de la comisión y los ayudantes de las respectivas escuelas, al observar esta conducta y la falta de limpieza de los estudiantes, empezaron a instruirlos en prácticas higiénicas y en buenas maneras.

Se presentó también otro tipo de problemas: algunos niños de la Escuela Francisco I. Madero, donde 576 de los 700 estudiantes recibían el desayuno escolar, se avergonzaban de aceptarlo. Los encargados de distribuir los desayunos manifestaron a aquéllos que la pobreza de sus padres no era motivo de vergüenza. Por otra parte, se les dio a los niños oportunidad de ganarse el alimento con su ayuda en tareas de limpieza de la escuela y cultivo del jardín contiguo.

En medio de este ambiente de generosidad, no faltó una minoría insignificante de maestros opuestos a donar parte de su sueldo para este servicio, como lo hacía la mayoría de los maestros. Tales individuos cicateros decían a los niños pobres: "Deberían avergonzarse de tomar este desayuno, comprado con el dinero del pan de los hijos de los maestros". La comisión recomendó a estos maestros, por sugerencia de Vasconcelos, que no regañaran a los niños en forma tan injusta. La práctica cesó al poco tiempo.

Las observaciones de la comisión y los informes de los encargados revelaron que la distribución de desayunos escolares beneficiaba académica, social y físicamente a los alumnos pobres. Podían prestar mejor atención a sus estudios, asistían más regularmente a clases y empleaban maneras corteses junto con grado aceptable de limpieza (*El Movimiento...* 1922, pp. 512, 516 y 518).

Vasconcelos reconoció, al lanzar la campaña de los desayunos escolares, que la escuela debía compensar las deficiencias físicas y sociales que afectaban el aprendizaje de los menos afortunados. Merece, pues, por este concepto, que se le considere un iniciador en educación fundamental y en la educación de los marginados en México (Partin, 1973, p. 438).

3. LA LABOR EDUCATIVA A TRAVÉS DE SU PRIMER ELEMENTO: EL MAESTRO

3.1 *Los maestros ambulantes*

El desarrollo de la educación en México había sido, hasta 1911, eminentemente urbano. La escuela mexicana de las ciudades —primaria y preparatoria— poco tenía que envidiar a sus congéneres de otras regiones del mundo. Pero la población del país era predominante agraria, y un 68.95% de ella vivía en el campo, separado por altas y caprichosas cordilleras, carente de caminos y aislado del resto del país. El conjunto de pueblos, aldeas y villorrios constaba de una mayoría indígena, numerosos mestizos y algunos blancos. Por otra parte, la explotación que los indígenas habían sufrido a manos de los blancos impulsaba a aquéllos a aislarse aún más de criollos y mestizos, y a mirar con desdén su modo de vida y su progreso.

A propósito de los orígenes de la educación pública y, en concreto, de la rural, dice Vasconcelos:

La educación pública como esfuerzo organizado y sistemático se inicia en el continente americano con el trabajo de los misioneros católicos. La orden franciscana, pura de vigor y de fe; la orden dominicana, todavía no manchada de intransigencia; la orden jesuítica, más tarde y en una época en que todavía la sed de dominación no la perdía; he ahí a los precursores de todo lo que entre nosotros es cultura (Vasconcelos, 1958, *IN*, p. 1237). Lo cierto es que la expulsión de los jesuitas marca el término de la labor misionera y que esa labor no fue jamás reemplazada. El clero secular, en general, no merece elogios en sus relaciones con los indios. La administración española, por su parte, mal podía preocuparse de dotar de escuelas a las colonias cuando no las tenía a disposición del pueblo de la metrópoli (Vasconcelos, 1958, *IN*, p. 1235).

Algunas voces se habían levantado, ciertamente, en pro de la educación de los indígenas, entre las cuales se destacan las de Ignacio Ramírez, Ignacio M. Altamirano, Abraham Castellanos, Agustín Aragón, Justo Sierra, Alberto Correa, Francisco Belmar, y el Primer, Segundo y Tercer Congresos Católicos sobre Cuestiones Sociales, de 1903 y 1904 (Adame, 1980, pp. 189-191). Vera Estañol había propuesto en 1911, y luego, con acentos de urgencia, en 1913, el proyecto de las escuelas rudimentarias, el único presentado hasta entonces para instruir a la población rural mexicana a fin